

EL PEQUEÑO LIBRO DEL
SATANISMO

LA CARMINA



LA CARMINA

**EL PEQUEÑO
LIBRO DEL
SATANISMO**

LA CARMINA

EL PEQUEÑO LIBRO DEL SATANISMO

UNA GUÍA DE LA HISTORIA, LA CULTURA
Y LA SABIDURÍA SATÁNICA


melusina

Título original: *The Little Book Of Satanism: A Guide to Satanic History, Culture, and Wisdom*

© La Carmina, 2023
© 2022 Ulysess Press

This edition is published by arrangement with Ulysess Press through International Editors and Yañez' Co.

© De la traducción: Elisabeth Falomir
© De la presente edición: Editorial Melusina, s.L.
www.melusina.com

Primera edición digital: septiembre de 2023
Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta y portadillas: Silvio Aguirre

eISBN: 978-84-18403-81-1

Los que conciben al diablo como partidario del mal y al ángel como combatiente del bien aceptan la demagogia de los ángeles. La cuestión es evidentemente más compleja.

Milan Kundera, *El libro de la risa y el olvido*

CONTENIDO

Prólogo
Introducción

Primera parte. A modo de presentación
Segunda parte. El satanismo histórico: de la Edad Media
a principios del siglo xx
Tercera parte. El satanismo moderno: de mediados
a finales del siglo xx
Cuarta parte. El satanismo en la actualidad:
el siglo xxi

Conclusión. Tu propio Satán personal
Línea temporal del satanismo
Bibliografía escogida
Sobre la autora

PRÓLOGO



Cuando intento hacer frente a las ideas erróneas sobre el satanismo, la suposición inmediata es que voy a analizar las improbables, y ya ampliamente desacreditadas, teorías de la conspiración sobre una cábala mundial secreta y caníbal, que en su día fueron la fantasía paranoica de los programas de entrevistas diurnos de los años ochenta y que hoy vuelven a encontrar un público crédulo en el necio movimiento QAnon. Estas confrontaciones con las teorías de la conspiración se centran necesariamente en lo que no es el satanismo, ahondando en la evolución del folclore del «abuso ritual satánico», las cazas de brujas históricas y el descrédito de las ficciones del Pánico Satánico vendidas como «historias reales», como el influyente best seller de 1980 *Michelle recuerda*, que pretendía ser un relato real de «recuerdos recuperados» de crímenes de sectas satánicas.

Por horribles que sean las narrativas del Pánico Satánico, con su insistencia en que el satanismo «real» es necesariamente cruel, sanguinario y antihumano, hay conceptos erróneos más insidiosos del satanismo que están extendidos entre mentes más razonables y menos vulnerables a una apelación al pensamiento crítico.

Cuando Malcolm Jarry y yo cofundamos el Templo Satánico en 2013, nuestra petición de que el satanismo fuera representado en foros públicos donde se permite la expresión religiosa llevaron a muchos de los que se han preocupado por la erosión de la separa-

ción de la Iglesia y el Estado a asumir que habíamos encontrado una «laguna» en las leyes de libertad religiosa. Es un resquicio que explotamos, según afirman, para subrayar la hipocresía de los fanáticos religiosos que se oponen con vehemencia a que los satanistas tengan igualdad de acceso a un foro al que los propios teócratas se aseguraron el acceso apelando a la libertad de expresión.

El hecho de que el satanismo moderno sea en gran medida no teísta, y que la mayoría de los satanistas que se autoidentifican como tales reniegue abiertamente de la creencia en un Satán literal, ha contribuido a la idea de que quienes se autoidentifican como satanistas lo hacen, ante todo, para provocar reacciones hipócritas de los teócratas defensores de la libertad de expresión. Al fin y al cabo, la Primera Enmienda está pensada para garantizar que el gobierno no pueda discriminar un punto de vista al permitir una opinión religiosa en un foro público y excluir otra. ¿Qué mejor manera de hacer frente a los esfuerzos de los teócratas de ampliar los privilegios religiosos que mostrarles que sus esfuerzos contribuyen a la proliferación de la identidad religiosa que menos les gusta?

A ojos de muchos, por desgracia, este tipo de activismo público satánico parece una simple broma, elaborada e ingeniosa. Para ellos, las ficciones paranoicas del Pánico Satánico son claramente falsas, y las sectas homicidas de las que una vez se dijo que ocultaban mensajes en discos de heavy metal mientras adoctrinaban a los niños mediante sesiones de rol de Dragones y Mazmorras, obviamente nunca existieron. Sin embargo, el satanismo no teísta se presenta, para estos observadores, no tanto como una identidad religiosa como una narrativa paralela sobre una religión que realmente no existe —una etiqueta muy práctica para cierto tipo de activista ateo que sabe cómo luchar contra los nacionalistas cristianos en sus propios términos.

A menudo y de forma descarada, los medios de comunicación que han cubierto las actividades del Templo Satánico han concedido un tiempo de antena considerable a nuestra oposición sin intentar comprender quiénes somos, o qué hacemos, ni pedirnos ningún comentario. Los juristas, a los que los periodistas han pedido que evalúen la credibilidad de algunas de las demandas que hemos inter-

puesto en defensa de nuestros derechos religiosos, casi siempre han demostrado no haber aprendido nada sobre el satanismo antes de pronunciarse.

Por tanto, sin asimilar que el Templo Satánico cuenta con más de medio millón de seguidores en todo el mundo, con un número cada vez mayor de congregaciones activas que participan en actividades y servicios regulares, estos «expertos» a menudo afirman que nuestro estatus como religión real aún está en duda. Aparentemente ignorantes del reconocimiento por parte del fisco estadounidense del estatus de exención de impuestos del Templo Satánico en 2019 e inconscientes de que un juez federal confirmó nuestra innegable autenticidad religiosa en un fallo en 2020, los eruditos legales todavía tratan de debatir la legitimidad de nuestras reclamaciones.

Todo esto, por supuesto, ignora la amplia y creciente subcultura de personas para quienes el satanismo es una identidad religiosa significativa, independientemente de la reacción que esta identidad provoque en otras personas. Para la mayoría de los satanistas, la iconografía «blasfema» del satanismo es una declaración de liberación personal de las instituciones teístas tradicionales y de las restricciones a veces arbitrarias que imponen a sus seguidores, más que un insulto calculado dirigido a los creyentes fieles con la intención de ofender. Y, lejos de ser una mera «laguna» o «broma», ideada solo para «concienciar» de la hipocresía nacionalista cristiana, nuestras peticiones de igualdad de acceso en los foros públicos son una batalla legítima para preservar la verdadera libertad religiosa.

Es mucho lo que está en juego en la batalla satanista por la libertad religiosa, y las ramificaciones de sus resultados se extienden mucho más allá de quienes se identifican como satanistas y de quienes se oponen activamente a nosotros. ¿Permitiremos que se amplíen las posibilidades cívicas de ciertas identidades religiosas mientras se excluyen otras? ¿Se respetarán las demandas de conciencia solo cuando las presenten determinadas confesiones aprobadas? De hecho, ¿se invalidarán las demandas de conciencia si no están vinculadas a tradiciones sobrenaturalistas arcaicas? Si las instituciones públicas son capaces de negar libertades civiles básicas a los satanistas, incluso si asumen erróneamente que el satanismo es una provocación y no